

Richard Carew. The examination of men's wits. Edited by Rocío G. Sumillera. [Tudor & Stuart Translations, Volume 17]. London: Modern Humanities Research Association; 2014, 386 p. ISBN 978-1-907322-81-5 (hardback) € 34,99; 978-1-78188-161-3 (paperback) € 17,49.

Sin duda, fue Juan Huarte de San Juan autor afortunado de un libro con suerte. Su obra conoció un éxito grande, con numerosas reediciones y traducciones. El Santo Oficio se mostró bastante benevolente, permitiendo su reimpresión con revisiones, si bien intervino pues el materialismo médico no podía llegar al lector corriente. Se movía además el autor en peligrosas tierras, en las aulas médicas, en las que la sombra del judaísmo siempre amenazaba, y en las andaluzas de Baeza en las que la cultura y la espiritualidad bordearon la heterodoxia. Es considerado un padre de la medicina y la psicología españolas, incluso universales, siempre estimado y citado. El inevitable polígrafo santanderino, infatigable perseguidor de heterodoxias no lo olvidó, lo incluye entre los «médicos esclarecidos», reconociendo «las sagaces y agudas observaciones de Huarte sobre la variedad de los ingenios»¹. La trayectoria vital de Huarte lo había llevado por lugares de interés, así Alcalá de Henares, además de Baeza. En aquella universidad aprendió el moderno humanismo literario y médico, así como el hipocratismo que le permitió observar con cuidado la naturaleza, por lo que alguna vez nos deleita con observaciones, que entretienen entre tanta cita clásica o bíblica. También conoció el interés por la anatomía y el somaticismo médico. No es extraño que Huarte afirmara la base corporal del entendimiento, seguridad heredada del Galeno de *De locis affectis*².

Resulta por ello curioso que su libro, junto con el menendezpelayismo, fuera rescatado de forma decidida en el franquismo. La historia es interesante, unos cuantos clérigos preparaban antes de la guerra civil estudios sobre el humanismo y la ciencia en el Renacimiento, tal vez con ese espíritu del santanderino de reconocer la tradición cultural española del Gran Siglo. De allí saldrían minuciosos estudios que encauzarían las loas a los grandes autores de esa época. Recordemos el estudio sobre la Facultad de Artes de Alcalá del jesuita Juan Urriza, o bien otro sobre la de medicina del arzobispo Luis Alonso Muñozerro. Y sobre

-
1. Menéndez Pelayo, Marcelino. La ciencia española. Santander: CSIC; 1953-1954, 3 vols.; vol. 1, pp. 51 y 315.
 2. Galeno. Sobre la localización de las enfermedades. Introducción de Luis García Ballester. Traducción y notas Salud Andrés Aparicio. Madrid: Editorial Gredos; 1997.

Huarte de San Juan, también «alcalaíno», el del asimismo jesuita Mauricio Iriarte, que se publicaría en Ediciones Jerarquía por la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de FET y de las JONS en el «Año de la Victoria», tras un adelanto por la *Görresgesellschaft*. Pero esta historia del reconocimiento del valor de su obra comienza siglos atrás y en él tiene gran importancia, junto al interés de la Compañía de Jesús, la recepción en el extranjero, hecha en variados idiomas, del francés al latín, del italiano al inglés. Notables estudios —como el que ahora presento— permiten adentrarnos en el necesario terreno de las traducciones, lugar hoy de moda entre los estudiosos.

Huarte fue convertido al italiano por dos clérigos, antes que la prohibición de la Iglesia lo pillara allí también. Se trata de Camillo Camilli y de Antonio Possevino, éste un jesuita que pudo influir en la *Ratio studiorum* de la Compañía. Descubro ahora online que se ha trabajado mucho sobre la recepción de Huarte en Italia, en la colección *Teoria e storia dell'educazione. Collanna diretta da Francesco Mattei*. Así en el número 114 se publicó *Coltura degl'ingegni* del jesuita Antonio Possevino, editada por Cristiano Casalini y Luana Salvarani (Roma: Anicia; 2008). En el 127, apareció *Juan Huarte de San Juan. Esame degl'ingegni*, traducción de Camillo Camilli, con los mismos editores y editorial en el año 2010. La idea de estos estudiosos de que Huarte pueda haber influido en la doctrina del «tiranicidio» del también jesuita Juan de Mariana es atrevida, aunque muy atractiva (Camilli, «*Introduzione*», pp. 36-37). Pero lo que más interesa ahora es que Rocío G. Sumillera ha elaborado de forma magistral la influencia de este autor en el británico.

Así, se pregunta por las razones que decidieron a un acomodado propietario inglés —poeta y estudioso amante de su tierra, traductor, político conecedor de leyes, aficionado a las lenguas y a las antigüedades— a traducir esta obra. Busca la editora, con detectivesca habilidad, las razones en los círculos familiares, amistosos y culturales en que se movió Richard Carew (1555-1620). Y, también, en las coincidencias del traductor —y sus allegados— con los temas del Renacimiento italiano, así ese interés por Tasso, por el clasicismo, o bien por Huarte de San Juan, que comparte con Camillo Camilli. No es pues extraño que tradujera en parte *Godfrey of Bulloigne or, The Recoverie of Hierusalem y The examination of men's wits*. Pero además insiste en su entusiasmo por la defensa del inglés, que considera extraordinaria lengua, capaz de enriquecerse con importaciones de palabras, en lo que él mismo al parecer contribuyó. Se señala la fidelidad estricta al texto, incluso pudo conocer una edición española, pues circulan en la isla ejemplares en varias lenguas. También, la eliminación de la lengua latina, sin duda en busca de nuevos lectores como Camilli.

Se puede hacer aquí un comentario acerca de los «latines» de Huarte. Sin duda, la lengua clásica era la utilizada desde Roma y la Edad Media para la transmisión del saber. Si bien el griego Galeno de Pérgamo escribió para los césares en su lengua natal, considerada depositaria del saber clásico, pronto el latín la sustituirá. En el Renacimiento se mantiene ésta, tanto que hasta el siglo XVIII será la propia de las universidades. Pero pronto comienza a aparecer el castellano como portador de cultura y saber. La calidad de sus prosistas y poetas lo impone, pero también quienes escriben, leen o se benefician de los libros científicos. Ocurre muy temprano con el saber matemático dirigido a la práctica del cálculo, que pasa pronto a los idiomas modernos, asimismo el catalán, como mostró, siempre inteligente, Vicente Salavert. Pronto también para la medicina, pues la clientela deja de saber latines y, sobre todo, los cirujanos tampoco lo conocen. Es pues para la enseñanza de la cirugía por donde entra el castellano en textos y aprendizajes.

Pero el caso de Juan Huarte, que escribe en castellano y es traducido a muchas de las lenguas modernas, es curioso. Se dirige a un público laico, los reyes y los padres, los enseñantes y los estudiantes. Les aconseja a unos con el fin de saber para qué están dotados y a otros qué estudios y oficios o qué consejo, tribunal o ministerio son convenientes para sus jóvenes hijos y nobles cortesanos. La figura de Juan Luis Vives está siempre presente, claro está. Se abre por tanto el abanico de lectores, lo que explicará aclaraciones y traducciones de los textos latinos, necesarios sin embargo para demostrar saber y cultura. Resulta por ello muy interesante que en las páginas de Huarte dominen los autores clásicos citados en latín, sean de la tradición médica, o bien de la bíblica. Sin embargo, esos traductores italiano e inglés pasan los textos a sus lenguas, pues a sus lectores se deben. Bernard de Mandeville explica el uso del latín en el prefacio de la tercera edición de *A treatise of the hypochondriack and hysterick diseases*³. Podía ser un rasgo de pedantería, podía ser cultura propia de la época este empleo del lenguaje clásico. Pero es interesante que, refiriéndose a *my readers*, tenga que justificarse de un posible ridículo e introducir ahora traducciones —como se hará con Huarte— para facilitar la lectura de un libro que se ha convertido en un éxito. También introduce por la moda o por la explicación de la histeria a una dama. Y Menéndez Pelayo entendió que Manuel de la Revilla —su magnífico

3. Mandeville, Bernard de. *A Treatise of the hypochondriack and hysterick diseases*. 3rd edition. London: J. Tonson; 1730, p. 12 [Reprint by Farmington Hills, Michigan, U.S.: Gale ECCO, Print Editions; 2010].

contendiente en *La ciencia española*— había citado a Oliva Sabuco y a Huarte por su fama y ediciones, pero sobre todo porque «escribieron en romance»⁴.

Sin duda, como Sumillera nos atestigua, la influencia de la obra en Gran Bretaña fue importante. Se recibe a Carew por intereses diversos, como es también el caso de Huarte. Así por autores que escriben sobre la naturaleza humana y de la mente, educadores y reformadores de la enseñanza, padres y escritores. El libro de Huarte está precedido por dos prefacios, al rey Felipe II y al lector. Se trata de un texto que se dirige al príncipe para que pueda elegir buenos consejeros y colaboradores. Para ello enseña que cada individuo tiene sus habilidades, basadas en los humores y estos en los elementos y sus cualidades. Con Carew, desde luego, cambia el público, lo que se muestra en la eliminación del latín (que proviene de Camilli) y en cambios en algunos nombres propios. Pero también en algunas críticas, que anota el traductor. Por ejemplo cuando Huarte se enfrenta a los hombres del norte (por tanto, protestantes), o bien en interpretaciones de textos bíblicos, o sobre la inmortalidad del alma. También hay algunas interesantes opiniones del traductor sobre la posible lectura por las mujeres, o bien sobre la fecundidad y los partos. Desde luego, no se olvida al destinatario, el entonces aborrecido rey Felipe.

Sin embargo en España, avanzado el siglo XVII, entra Juan Huarte en el olvido, como sucede con muchos clásicos del Siglo de Oro. Pero los jesuitas no lo han olvidado, sin duda por el interés que tiene para la enseñanza. Al llegar al trono la dinastía de los Borbones franceses, el Secretario de Estado y Despacho Universal pone a los pies del joven Felipe V el volumen titulado *El exemplar de los reyes, y diseño breve de los ministros que debe elegir un monarca* (Madrid: Antonio González de Reyes; 1707). Procede al parecer de la pluma de un jesuita del Colegio Imperial llamado Diego Enríquez de Navarra, si bien firma como Diego López de Aro⁵. Se afirma en sus páginas que es adaptación de un texto escrito para el rey francés. No es extraño, pues la Compañía tenía un gran influjo sobre la corona francesa, así los padres La Chaise y Michel Le Tellier, y sobre la austríaca, recordemos al padre Nithard, y no querrá abandonar el confesionario de los Borbones españoles hasta su expulsión. De todos modos, serán también otras órdenes las que recuperen al médico Huarte y sus consejos. Así, Ignacio Rodríguez de las Escuelas Pías de san José de Calasanz en el siglo XVIII, en su *Discernimiento filosófico de ingenios para artes, y ciencias* (Madrid: Benito Cano; 1795). Pero antes

4. Menéndez Pelayo, n. 1, vol. 1, p. 209.

5. Palau y Dulcet, Antonio. Manual del Librero Hispanoamericano. Barcelona: Librería Palau; 1954, vol. 7, p. 643.

es notable la recuperación del *Quijote* y de Huarte al principio del siglo por el periódico *The Spectator*, novedad esta de la que se hace eco el benedictino Feijoo.

Recuerdo ahora haber preguntado en un coloquio a un buen especialista en Robert Burton sobre el posible conocimiento en este de Huarte. No lo cita porque tan solo se dedica a los que en latín escriben, me respondió, lo que era congruente con el entristecido Burton, encerrado en su Colegio. Me extrañó de todas formas, porque se tradujo al inglés y al latín. Mirando la edición de *The anatomy of melancholy* de Burton hecha por Dell y Jordan-Smith⁶ y su magnífico índice, se puede comprobar que la respuesta era hasta cierto punto adecuada. Pero sin duda el clérigo tenía noticias del médico. En efecto cita a Carew, si bien en su obra sobre Cornwall, su tierra; también a Antonio Possevino, aunque parece referirse a escritos religiosos. Pero sin duda conoce la obra del obispo jesuita Antonio Zara, *Anatomia ingeniorum et scientiarum*, que cita varias veces (Burton, s. Carew, pp. 84 y 479, s. Possevino 909, s. Zara 16, 182 y 338). Allí se reflexiona sobre el ingenio y sobre las ciencias y sus clasificaciones. La racanería en citar el prelado a Huarte⁷ —aparte que no eran obligación en la época las citas— se debería a la prohibición eclesial italiana en 1605. Deja el buen obispo claro que se debe independizar el alma humana de la potencia orgánica, si bien queriendo como jesuita conocer los ingenios y fijarlos (García, Alonso⁸; Camilli, *Introduzione*, p. 51).

No es extraña la cercanía de los dos autores, que se juntan en la tradición de la melancolía, esa que un escrito aristotélico hiciera residir en la constitución del cuerpo y que el Renacimiento italiano pusiera de moda. Tampoco lo es que en Baeza estuviese Huarte próximo a los movimientos espirituales de Juan de Ávila o de los alumbrados, que juntan tanto erasmismos, como revelaciones. Era un ambiente propicio para hablar de las potencias de los melancólicos, como señaló Vicente Peset hace muchos años. La posibilidad de prodigios en algunas alteraciones del cuerpo fue discutida por Andrés Velasquez en el círculo alcalaíno, o bien por Afonso de Freylas. Así, Felice Gambin, autor de *Azabache* (Pisa: Edizioni ETS; 2005), ha vuelto a interesarse por este autor (*I malinconici e la divinazione*, Firenze: SEID Editori; 2012). Era esperable que desde la misma universidad de

6. Burton, Rober. *The anatomy of melancholy*. Edited by Dell, Floyd; Jordan-Smith, Paul. New York: Tudor; 1948.

7. Zara, Antonio. *Anatomia ingeniorum et scientiarum*. Venecia: Ex Typographia Ambrosij Dei et Fratrum, 1615, cita a Huarte en p. 54.

8. García García, Emilio; Miguel Alonso, Aurora. El *Examen de ingenios* de Huarte en Italia. La *Anatomía ingeniorum* de Antonio Zara. *Revista de Historia de la Psicología*. 2004; 25(4): 83-94.

Baeza la Inquisición bramase contra el libro, luego el tribunal portugués. En fin, los índices de Quiroga de 1583 y 1584 lo incluyen. Podría circular curiosamente en los Países Bajos y sin duda en los países reformados. Y nadie pudo poner limitaciones a un escrito que combinaba observación y erudición, castellano y latín, más tarde muchos otros idiomas. Incluso las afiladas garras inquisitoriales fracasaron ante traductores e impresores. ■

José Luis Peset

orcid.org/0000-0001-6295-4545

Instituto de Historia, Centro de Ciencias Humana y Sociales, CSIC

Daniel de Ávila Gallego. Diálogo del colorado (Salónica, 1601). Interpretación académica de la escarlatina. Edición, introducción y notas de Pilar Romeu Ferré. [Colección Fuente Clara. Estudios de Cultura Sefardí]. Barcelona: Tirocinio; 2014, 303 p. ISBN 978-84-940083-6-8. € 70.

El *Diálogo del colorado* es un estudio médico aljamiado en caracteres hebreos, originariamente publicado, en 1601, en Salónica —durante siglos la más populosa comunidad de la diáspora sefardí. Según propone Pilar Romeu Ferré, artífice de la muy cuidada edición anotada objeto de esta reseña, su autor, Daniel de Ávila Gallego, quien se presenta a sí mismo como «judío, filósofo y médico de la misma ciudad», habría nacido en el seno de una familia de «cristianos nuevos» hacia 1570, con mayor probabilidad en alguna de las regiones de «La Raya» [*a Raia*] entre los reinos de Castilla y Portugal, y cursado estudios de medicina en la Universidad de Salamanca en torno a 1590. La imposibilidad de atestiguar el grado obtenido en sus estudios le induce a pensar que no llegó a concluirlos, si bien tampoco debería descartarse del todo que lo hiciera con un modesto grado de «bachiller», poco lucido como credenciales profesionales a exhibir años después en la portada de su obra.

Pese a los plausibles esfuerzos de la editora por documentar mejor la oscura biografía de Daniel de Ávila, los datos o indicios disponibles sobre su trayectoria vital resultan escasísimos y en su práctica totalidad proceden de su *Diálogo del colorado*. Conforme a esta fuente, cabe suponer que se hubiera establecido después de 1593 en Salónica —se desconoce si trasladándose allí directamente des-